El Sillón de los Sueños

Rosa de Tokyo

Ana tenía 10 años, con una cola de caballo tirante y muy ordenada. Tenía habilidades para educación física y una letra bonita, era tímida y no preguntaba mucho en clase. Era generosa, soñadora y justiciera. También era valiente. No temía alzar la voz cuando algo le parecía injusto. Si en el recreo veía a un niño acorralado o a alguien triste en una esquina, iba y se metía sin pensarlo. Defendía a sus compañeros de las niñas que los perseguían y les tiraban del pelo en señal de broma pesada. No porque le molestaran las bromas, sino porque sabía cuándo dejaban de ser divertidas para volverse dolorosas.

Un día, mientras los demás debatían si querían ser cantantes, médicos o futbolistas, Ana se levantó y dijo:

—*Yo quiero ser presidenta de Chile.*

Hubo un segundo de silencio. Luego risas. No de burla exactamente, sino de sorpresa. ¿Presidenta de Chile? ¿Ella?

—¿Y qué harías si fueras presidenta? —le preguntó Ignacio, el más escéptico de todos.

Ana alzó su mentón y respondió sin dudar:

—Cambiaría las cosas. Haría que todas las personas de este país tuvieran casa, comida, y no pasaran frío, que las mamás no tuvieran que trabajar hasta tan tarde, y que el recreo durara un poco más.

Los demás se miraron, algo impresionados. Ana hablaba en serio.

En casa, su abuela Natalia era su aliada más fiel. La llamaba “mi presidenta de los abrazos”. Era una mujer enérgica, de manos trabajadoras y mirada profunda, que le leía poemas de Gabriela Mistral en las noches y le enseñaba a pensar con la razón y el corazón.

—Gobernar no es mandar, Ana. Es cuidar. Es escuchar. Es servir, no servirse.

Esa frase quedó grabada en su mente como un lema secreto.

En la escuela, Ana comenzó su pequeña campaña: organizaba juegos donde todos pudieran participar, ayudaba a sus compañeros con las tareas, y hasta diseñó una caja de sugerencias para mejorar la sala de clases. La llamó “Buzón de Ideas para un Futuro Brillante”.

Un día, propuso cambiar las papeleras por otras más coloridas para fomentar el reciclaje. Con ayuda de la profesora y unos carteles dibujados con crayones, lo logró. Los recreos se volvieron más limpios. Y por primera vez, algunos comenzaron a llamarla en broma —pero con cariño— “Presidenta Ana”.

Pero no todos los días eran fáciles.

Una tarde, Ana llegó a casa con los ojos húmedos. Un niño del curso mayor se había burlado de ella.

—“Las niñas no pueden ser presidentas. Eso es solo para hombres”, le había dicho.

Su abuela la abrazó con fuerza y la llevó al patio, donde florecían unos jazmines pequeños.

—Ven, presidenta. Hay algo que debo mostrarte.

Le señaló una piedra grande, musgosa, que Ana nunca había notado.

—Este era el lugar donde me sentaba cuando era niña, soñando que sería poeta o maestra. Aquí lloré muchas veces también, cuando decían que no servía para trabajar. Pero cada lágrima regó mi sueño: soy maestra. Nunca dejes que alguien te diga que no puedes, porque lo que importa no es quién eres hoy, sino en quién crees que puedes convertirte.

Ana sonrió entre lágrimas. Esa noche escribió en su libreta:

“Mi abuela dice que gobernar es cuidar. Yo cuidaré a los niños que no tienen familia, a las familias que no tienen casa, repararé las casas rotas, pondré comida en las mesas y cobijaré a las personas en situación de calle. Porque todo eso me importa.”

Un sábado, Ana encontró un sillón abandonado cerca de su casa en el barrio. Estaba viejo y tenía un cojín roto, pero ella lo miró con otros ojos.

—*¡Este es el Sillón de mis Sueños!* —exclamó, dándole una palmadita.

Lo limpió con la ayuda de su amiga vecina y le puso una manta encima. A partir de ese día, cada tarde se reunía allí con sus amigos del barrio. No era un club cualquiera. Allí todos podían proponer ideas para mejorar el colegio, el barrio, Chile e incluso el mundo.

—¿Y si plantamos árboles en el cerro del colegio?

—¿Y si juntamos alimentos y los llevamos al comedor de la parroquia?

Ana escuchaba cada propuesta con la misma atención, tomaba nota y decía: *“Lo pondré en mi agenda.”*

Su sueño crecía como una semilla bien regada.

Un día, la profesora jefa les pidió que escribieran una carta al futuro. Ana pensó mucho, borró varias veces, y al final escribió:

“Querido futuro: cuando yo sea presidenta de Chile, me aseguraré de que ningún niño se acueste con hambre ni con frío. Nadie se burlará de otro por pensar distinto. Habrá silencio para escuchar y manos para ayudar. Todos tendrán espacios para compartir con sus familias y simplemente...estar.”

La profesora leyó la carta en voz alta. Nadie se rió. Algunos aplaudieron, otros se quedaron callados, mirando a Ana como si, por un instante, ya la vieran con una banda presidencial.

Los años pasaron. Ana creció, estudió, viajó y regresó. Un día, siendo ya una joven adulta, volvió a su barrio. Lo primero que hizo fue buscar el sillón. Ya no estaba. El terreno ahora era una pequeña plaza.

Pero junto a un viejo Quillay, encontró algo que le hizo sonreír: una placa de bronce, oxidada pero firme, que decía:

“Aquí se sentaba Ana, la niña que soñó con mejorar Chile.”

Ana se sentó al lado del árbol y acarició el pasto.

Unos niños jugaban cerca.

—¿Les gusta este árbol? —preguntó con una sonrisa.

—Sí —respondió uno—. Es nuestro lugar favorito.

—El mío también lo fue. Me llamo Ana. Yo venía aquí cuando era niña, me sentaba en un sillón viejo... soñaba con cambiar las cosas.

Algunos la habían visto en un cartel de campaña comunitaria, o en un reportaje local sobre jóvenes líderes. Uno de ellos se le acercó y preguntó:

—¿Es verdad que tú querías ser presidenta?

Ana lo miró, con la misma mirada que tenía su abuela, y respondió:

—*Sigo queriendo. ¿Quieres ayudarme?*

Los niños asintieron.

Porque los sueños verdaderos no desaparecen ni tienen fecha de vencimiento. Se siembran temprano, se cuidan con esperanza, y florecen cuando menos lo esperas.